

en el mundo con una docena de cartas *tejidas*¹ de noticias añejas : y recamadas de reflexiones triviales, de extractos del *Espía Turco*, de paráfrasis de Rousseau y de otros autores : y que si hay en ellas alguna cosa que algo valga, es lo que está ya cien veces estampado en otros libros? No se me diga que en estas cartas habla un hebreo, el cual por sostener su carácter, se explica según las preocupaciones de su secta. ¡Miserable y pueril defensa! Un hombre de honor, si no tiene valor para salir al campo contra la Religión con la cara descubierta, debe avergonzarse de hacerla un objeto de mofa y de irrisión, y de prestar su pluma á un Rabino ó á un impío, y hacerles decir unas blasfemias, que sabe bien están mil veces confutadas, y que no es capaz de sostener².

VII. *Inférese de todo esto que la corrupcion del corazon es el manantial ordinario de la impiedad.*

Estas son pues las demostraciones de que se arman nuestros libertinos, y que manejan en las concurrencias

¹ Véase la carta dirigida al autor de aquella rapsodia, y que antecede al t. VII de las *Cartas judías* de la edicion de Lausana, y de Ginebra de 1730.

² Abusaria de la paciencia de mis lectores si bubiese de citar los testimonios de muchos hombres doctos y prudentes de todos los siglos, que desaprueban fraude semejante. Se sabe cuál ha sido el parecer de todo el mundo sobre el poco ha citado Luciano, el cual siempre vomitaba sus impiedades debajo de la máscara de algun bufon : se sabe lo que escribe el Nacianceno (*Orat. III*) de Juliano Apóstata, cuando fingiéndose todavía cristiano, bajo la apariencia de disputar, defendía la idolatría, é impugnaba el Evangelio : se sabe lo que dice Focio (*Cod. 106* contra Teognosto), el cual escusaba los errores de cierto libro suyo como enunciados en persona de otro : se sabe (para recordar á nuestro *literato judaizante* un ejemplo doméstico y muy del caso) lo que escribe Gerson de aquel otro que en París en persona de un judío se mofó é impugnó el Cristianismo. Llamado ante el Arzobispo, y convencido por el Canciller, se excusó diciendo, que los había proferido en persona de un Hebreo. *Pues bien*, replicó el Canciller, *si hablaste entonces como judío, retráctate ahora como Cristiano*. Esto debía hacer el Marqués de Argens. Mas ya no está acaso en estado de ejecutarlo. * Efectivamente lo hizo antes de morir. Véase la pág. 32.

para aparecer espíritus fuertes, y hacerse formidables. La arrogancia, el desprecio y las sátiras contra la Religión y de quien la profesa, es lo mas lucido y mas fuerte que saben. « Es bastante probable, dice Pedro Bayle » *haciendo el retrato de estos*, que los que en las concurrencias afectan combatir las verdades mas comunes de la Religión, hablan mas de lo que piensan. En sus disputas tiene mas parte la vanidad que la persuasión. Se imaginan que la singularidad y la osadía de los sentimientos que defienden, les adquirirá el concepto de espíritus grandes, . . . forman poco á poco cierto hábito de tener discursos impíos, y si la vida viciosa se une á su vanidad corren mas veloces por este camino. Este hábito perverso contraído bajo los auspicios ya de la soberbia, ó ya de la sensualidad, trastorna las impresiones de la educacion ; es decir, adormece el sentimiento de las verdades que aprendieron en la infancia acerca de la Divinidad, del Cielo y del Infierno. Y poco despues : aprendieron algunas objeciones ; aturden al mundo con ellas ; y hablan como charlatanes¹. » ¿Qué mas se quiere para descubrir en este estilo de los libertinos la fuente de corrupcion mas lamentable? Fomentándose esta, y prometiéndose libertad y tranquilidad en el sistema impío, se aplican á este, no guiados de la fuerza de la razon, sino auxiliados de algun mal entendido sofisma y armados de osadía y arrogancia.

CAPÍTULO II.

De la misma primera fuente de la impiedad.

I. *Carácter que afectan los libertinos.*

Nada por ventura desagrada tanto á los libertinos como el ser tenidos por tales, no por sistema, persuasion y

¹ Dic. crit. artic. *Desbarreau*.



convencimiento, sino á causa de un corazón perverso y corrompido. Paréceles que el primer género de incredulidad puede avenirse con el carácter de hombre de bien, y añade á él la fama de un literato, que se eleva sobre el comun de las gentes por su libre modo de pensar; cuando á la verdad el segundo presenta solo, aun por confesion del mas apasionado entre sus defensores, la idea de un hombre perverso, arrastrado del desorden de las pasiones mas brutales, que ha llegado al extremo de desear ser, aunque sin podérselo persuadir, semejante á las bestias del campo, sin eternidad y sin Dios.

II. *Lo desmienten en los peligros y en la hora de la muerte. Pasaje ilustre de Lucrecio. Mutabilidad de Tulio Hostilio, de Bion Boristenita, y de otros libertinos antiguos y modernos.*

Que este sea puntualmente el carácter de los incrédulos, es decir, que su impiedad nazca de los deseos impuros de un corazón corrompido, y no en manera alguna de una firme, sólida y estable persuasion de principios, lo prueban á mi entender bastantemente las razones expuestas en el capítulo anterior. Con todo eso no desagradará ver que ellos mismos lo demuestran con sus hechos. Es ciertamente observacion hecha no una vez, ó en alguno solo, sino casi universalmente, y en todos tiempos, que estos despreciadores de la Divinidad, estos mofadores de la otra vida, en hallándose en algun peligro, y especialmente en la cercanía de la muerte, se abaten, deponen el orgullo, bajan la voz, tiemblan, se asustan, reconocen infierno, abrazan la Religion, hacen votos á Dios, y aun pasan no pocas veces de la impiedad al exceso opuesto de la supersticion.

Demostremos por fiador de este hecho en primer lugar á un poeta; que para con los libertinos no padece excepcion, á saber, Lucrecio: hé aquí como habla¹.

1 Nam quod sæpe homines, morbos magis esse timendos
Infamemque ferunt vitam quàm tartara læti,
Et se scire animi naturam sanguinis esse,
Nec prorsus quidquam nostræ rationis egere:

Y aunque los hombres todos te repitan,
Que temen mas la enfermedad acerba
O una existencia vil, que los suplicios
Con que el profundo Averno nos idean;
Y aunque aseguren que en la sangre sola
Del alma estriva la sùtil esencia,
Sin que la constituya el racioninó,
No tú por eso sus asertos creas.
La ambicion del aplauso, ó el capricho,
Es la que pone en su insensata lengua
Esta necia jactancia; y ellos mismos
Allá en su corazón la desaprueban.
Míralos de su patria desterrados;
Vélos errantes por lejanas tierras,
O reos de algun crimen, ó cargados
Con todo el peso de una suerte adversa;
Vivir siempre apeteceñ aunque sufran;
Y á do quiera que arrastren su existencia,
Al Cielo envían humillantes votos:
A los Manes tambien hacen ofrendas:
Y en los lances amargos de la vida
La Religion de su alma se apodera.

Hasta aquí Lucrecio: no seria difícil citar una larga serie de ejemplos para comprobarlo. ¿Mas quién no sabe lo que de Tulio Hostilio, 3º Rey de los Romanos, espíritu verdaderamente fuerte y feroz, dejó escrito Tito Livio¹? Estando afligido, dice, de una grave dolencia, *pero aun con todas las fuerzas del cuerpo, se vió abatido su espíritu feroz de manera, que aquel que poco antes juzgaba que nada era menos decente á un Rey, que adherirse á la Religion, inmediatamente se sujetó á las supersticiones todas grandes y pequeñas, llenando de ellas tambien al pueblo.*

Hic licet advertas animum, magis omnia laudis,
Aut etiam venti, si fert ita fortè voluntas,
Jactari causa, quàm quod res ipsa probetur.
Extorres iidem patriâ, longèque fugati
Conspectu ex hominum, fœdati crimine turpi,
Omnibus ærumnis affecti denique vivunt:
Et quocumquè tamen miseri venère, parentant,
Et nigras mactant pecudes, et Manibus Divis
Inferias mittunt: multoque in rebus acerbis
Acriùs advertunt animos ad religionem. *Lib. III, r. 31.*

1 *Dec. I, lib. I, cap. 31.*

A este Príncipe feroz añádase un filósofo audacísimo. Este es Bion Boristenita¹, de quien habla Laercio en el libro 4º, y Horacio en el libro 2º² de sus Epístolas, en donde hace mención de su *negra sal*, porque en efecto no la ahorraba ni con los hombres ni con los Dioses, de todos los cuales se burlaba en sus chistosos y satíricos discursos. Este, como discípulo que había sido del famoso ateo Teodoro, descaradamente quitaba del medio toda Divinidad, y hollaba toda Religión: y aun procuraba con sofismas persuadir á otros la impiedad y malas costumbres. ¿Y despues? Despues habiéndole acometido una enfermedad, hé aquí al espíritu fuerte é intrépido, el cual no solo pidiendo perdón á la majestad divina, sino sujetándose á las mas necias supersticiones, hizo ver, que su ostentado Ateísmo no tenía mas fundamento que la jactancia y la corrupcion del corazón; y espantado del peligro, dejó caer de la mano las armas que tan atrevidamente vibraba contra el Cielo. El citado Diógenes Laercio, despues de habernos dado el compendio de su vida, forma sobre la metamorfosis de este espíritu fuerte la mas sazónada y justa censura, la cual como muy oportuna á nuestro propósito, merece ser aquí copiada. Dice así³:

1 Bion de Boristene fué primero discípulo de Crates, despues Cínico, y por último se dió á oír las lecciones de Teodoro, dicho el Ateo, y luego de Teofrasto. Se conservan de él algunas sentencias ingeniosas; pero en casi todas ellas se advierte alguna punta de vanidad y de orgullo. Buscaba los aplausos por todos los medios imaginables. En Rodas hizo vestir de estudiantes á los marineros para presentarse seguido de gran número de discípulos. Dicese que en la hora de la muerte reconoció sus impiedades, y pidió perdón de ellas. Floreció 276 años antes de Cristo.

2 Carmine tu gaudes, hic delectatur iambis :
Ille Bioneis sermonibus, et sale nigro.

Lib. xi, Ep. ii, v. 59.

3 Bionem Boristenitem, quem Scythica tellus produxit,
Dixisse audivimus revera nihil esse Deos.
Ac si quidem hic dogma tueri perstitisset, meritò dicendus esset
Sentisse ut visum fuisset, et si malè visum esset.
Ac nunc cum in longum morbum incidisset, ac mori pertimesceret ;
Qui Deos non esse dixerat, qui fanum non viderat,
Mortalibusque illuserat, dum Diis immolarent ;
Non pro focò solum, arisque ac mensà,

Si á Bion Boristenes no conoces,
Este es quien en la Escitia producido
Asegurar osó no había Dioses :
Y si firme lo hubiese sostenido,
Pudiera haberse dicho que, aun errando,
Aquello propaló que hubo sentido.

En salud tal doctrina fué sembrando ;
Pero vjóse en un lecho muy doliente,
Del duro trance de morir temblando :
Y el que poco antes enseñó insolente
Que no existian Dioses vengadores,
Ni pisó templo alguno piamente ;
Aquél que con sarcasmos mofadores
Se burló del que hacía sacrificios
A los supremos Dioses hacedores,

Ya obsequioso redobla sus officios :
Y de aromas, inciensos y grosura :
Los sacia, para hacérselos propieios.

Ni esto basta á calmarle en su amargura,
Clamando : perdón, Dioses, que he pecado ;
Sino que en los echizos se inaugura.

A una vieja se entrega de contado :
Y para que le ensalme el cuello ofrece,
Y el brazo con correas sujetado.

Un abrojo y laurel luego aparece
Sobre su umbral, según le aconsejaba :
Que á todo entonces tímido obedece.

¡ Necio ! con tales dones opinaba
Sobornar á los Dioses ; y que luego
Existiesen, cuando él lo decretaba.

Olvidó pues su ciencia como un juego :
Y cuando hecha carbon la fauz tenía,
La mano alzando en humillado ruego :
Salve, Pluton, mil veces repetía.

Nidore, adipe, thureque Deorum nares implevit :
Nec solum, Peccavi, dixit, delictis parcite ;
Sed et anui collum facile porrexit excantandum :
Brachiaque loris persuasus devinxit.
Rhamnumque, et lauri ramum januæ imposuit,
Cuncta administrare magis, quam mori paratus.
Stultus, qui mercede voluerit Deos esse :
Quasi tunc essent, cum illos Bion demum esse arbitraretur.
Ergo nequicquam sapiens, cum lembus erat carbo totus,
Tendens manum, salve, inquit, Pluto, salve.

Lib. iv, Segment. 55.

Hé aquí pues una pintura bastante clara de lo que vemos cada día en los incrédulos modernos. Cuanto mas audaces en burlarse de la Religion cuando las fuerzas del cuerpo corresponden á los furores del espíritu, otro tanto son mas viles y abatidos al menor peligro que se les presenta. En un momento pierden y olvidan su metafísica; nada valen ya entonces Hobbes, ni Espinosa: las pretendidas demostraciones contra la existencia de Dios desaparecen; y en nada mas piensan que en buscar el perdon, llegando no pocas veces, como se ha dicho, hasta la supersticion, y la extravagancia. El mismo Bayle concede voluntariamente, que esta es la escena que presentan ¹ *casi todos los impíos*: y entre otras cosas refiere que un *insigne espíritu fuerte se quejaba vivamente, de que ninguno de los de su secta tenía el don de la perseverancia, que no la hacian honor cuando se veían cercanos á la muerte, y que en ella se deshonraban á sí mismos, y se desmentian*. En muchas partes de su gran Diccionario muestra verificado todo esto con varios ejemplos ². Y no nos seria difícil añadir aquí algunos otros mas modernos. M. de la Metrie ³, autor del impío libro intitulado el

¹ Dic. crit. art. Bion.

² Art. Bion y Desbarreaux, etc. Véase el t. 1 de la Biblioteca, pág. 329.

³ Julian La Mettrie, francés, natural de San Maló, dedicóse á la medicina, y estudió bajo la conducta de Boerhave en Holanda. Médico de un regimiento de Guardias francesas, manifestó desde luego sus impiedades en su obra de la *Historia natural del alma*. Precisado por este motivo á salir de Francia y de Holanda, donde su libro habia sido quemado, se acogió al Rey de Prusia, quien lo hizo su lector, y miembro de la academia de Berlin. Tan extravagante en su conducta como en sus principios, se le veia á veces en medio de una tertulia desnudarse enteramente, hasta quedar del todo descubierto. Su *Hombre maquina*, su *Hombre planta*, su *Discurso sobre la felicidad*, descubren un energúmeno mas que otra cosa. Constituye la felicidad en acallar los remordimientos, y abandonarse á todas sus inclinaciones: aconseja al ladron que robe, al disoluto que se revuelque en el cieno de su lascivia, etc., si su inclinacion es esa: hace salir á los animales de la tierra como brota la hierba de los campos, etc. En fin, escribió en tales términos que Voltaire mismo decía era un loco, que escribia emborrachado. En medio de este furor anti-religioso llegó la muerte, y la vista de un Dios vengador le desconcertó: maldijo su filosofia, que así le habia

Hombre máquina, ha comparecido en el mundo como uno de los mas empeñados materialistas, y segun la frase de Bayle, debería llamarsele *impío por sistema*; sin embargo tambien este perdió la *fortaleza de espíritu*. y procuró arrepentirse. Se sabe cuán precioso ha sido para los libertinos el nombre del autor de las *Cartas persianas*, y con cuánta afectacion le han celebrado. Pues tambien á la hora de la muerte depuso su arrogancia y procuró morir no como persa, sino como cristiano ⁴.

III. ¿Qué se infiere de esto?

Esta conducta casi universal de los espíritus fuertes, que en los peligros y cercanía de la muerte se olvidan del sistema de la impiedad, ¿qué nos da á entender? Sin duda que el origen de su impiedad no es la razon, sino la depravacion: la base de su sistema no son argumentos sino ilusiones, las cuales habian llegado á turbar y oscurecer las ideas de eternidad y de Dios profundamente impresas en su alma; pero no á borrarlas con una persuasion, efecto de un exacto raciocinio. En efecto, si como repiten á cada momento, están bien convencidos de que la muerte no es mas que un profundo eterno sueño, libre de toda sensacion; que el juicio con que el Soberano Moderador nos amenaza despues de la muerte, no es otra cosa que una invencion poética, y el infierno un cuento de viejas, y un espantajo de niños ², ¿porqué al momento que estos objetos les amenazan de cerca, no

extraviado: hizo una retractacion de sus errores; quiso que constase por pruebas públicas, deseando doblar la ira de un Dios á quien habia ofendido. Ojalá que lo haya alcanzado. Los filósofos sintieron mucho este paso, y uno de ellos decia: «Que La Mettrie los habia deshonrado en vida; pero mas en la muerte.» Vivamos siempre en la santa Religion en que hemos nacido, para no tener que sufrir este oprobio en los últimos instantes. El de La Mettrie fué el 1751.

¹ Véase el t. 1, de la Biblioteca, pág. 329.

² Nam veluti pueri trepidant, atque omnia cæcis

In tenebris metuunt, sic nos in luce timemus.

Interdum nihil quæ sunt metuenda magis quam

Quæ pueri in tenebris pavitant, finguntque futura.

Lucret. Lib. IV, v. 34.

continúan riéndose de ellos? ¿porqué entonces no recuerdan sus demostraciones? ¿porqué no salen al encuentro á estos temores con aquel denuedo con que un hombre valeroso entra de noche en una estancia, en que sabe no hay mas que sombras que puedan espantar á niños? Porqué antes bien nos muestran renovada la escena que propone Eschilo en *los Persas*, cuando acosados de las armas griegas, y batidos por la tempestad aquellos feroces soldados de Eccó, en medio de estas calamidades.

Quien antes no haber Dioses opinaba,
Entonces ya con lastimeros ruegos
A los cielos y tierra importunaba!?

IV. Un pensamiento de Bayle confirma esto mismo.

Acaso nos responderán que lo hacen así para mayor seguridad, sirviéndose entonces del argumento *ab eo quod est tutius*; es decir, de lo mas seguro, que arriba indicamos por el partido de la Religion, que si es verdadera promete un sumo bien; y si fuera falsa, nada daba que temer.

Pero este argumento, por sólido que sea por otra parte, no tiene en manera alguna lugar contra la evidencia. Es decir: el partido que parece mas seguro, no puede seguirse, no siendo un hombre extremadamente débil y melancólico, por el que está convencido con evidencia, de que tal partido es falso y vano, y que el sistema opuesto es cierto y verdadero. ¿Cómo pues podría ser que los libertinos, *espíritus fuertes* é intrépidos, siguiesen á la hora de la muerte, solo para mayor seguridad, el partido de la Religion, si estuviesen realmente persuadidos de que es una vanidad y demencia, y se hallasen ciertos del Ateísmo?

Replicarás acaso, que los libertinos á la verdad jamás llegan á tener esta certeza contra la Religion y con-

1 Qui Deos
Non esse credebant prius, fundebant preces
Cælum atque terram adorantes. *Esquil. in Pers.*

tra Dios; sino solamente dudas¹, las cuales por consecuencia dejan lugar al partido de la mayor seguridad. Así puntualmente responde el grande abogado de ellos. Oigámosle: «Casi todos los² que viven en la irreligion, » no tienen mas que dudas: jamás llegan á tener certeza. Al verse en el riesgo de una grave enfermedad, en » que la irreligion ya no les es de algun uso, se aplican al » partido mas seguro; esto es, al que en caso de ser » verdadero, promete una eterna felicidad, y no expone » á peligro alguno, aunque sea falso.

¿Mas porqué no forman esta resolucion en vida? ¿Porqué no abrazan un partido ciertamente seguro y ventajoso en tanto grado, si no tienen mas que dudas contra él? No por otra causa ciertamente, sino porque en vida la irreligion les es de algun provecho: es decir, les deja seguir sin remordimiento lo que les dictan las pasiones, y al tiempo de morir no están ya para eso. En esto cualquiera ve que ellos mismos confiesan lo que al presente deseamos, y es, que el gran principio que los detiene en la impiedad, es la *corrupcion del corazon*. No tienen contra la Religion mas que dudas: en este caso es evidente que deberian adherirse al partido de la Religion, que es el ventajoso y seguro, como lo hacen á la hora de la muerte; porque estar suspensos, decia Pascal, es lo mismo que ser impíos por excelencia. Luego si no lo hacen, se declaran dominados de una concupiscencia inmoderadísima, pues que apoyada en solas y meras dudas basta para detenerlos en la irreligion, la cual aunque se redujese á una especie de sistema, no les produciría otra ventaja que dejarlos vivir como brutos: y en todo evento los expone á perder un infinito bien, y á entrar en un eterno mal. Luego todos nuestros espíritus fuertes y libertinos son tales, porque quieren ser soberbios y malvados.

V. Ateistas por sistema y de buena fe son una paradoja de Baile.

Mas aunque parezca que Bayle confiesa alguna vez in-

1 Véanse las *cartas de M. Murat sobre el espíritu fuerte*.

2 *Diccion. crit. art. Bion.*

genualmente la verdad, con todo eso siempre tiene prontas ciertas retiradas cautelosas, por las cuales se descubre su primera intencion, y donde habia puesto sus miras. Concede en muchos lugares que la mayor parte de los libertinos, es decir, todos esos jóvenes disolutos, los políticos interesados, los ministros venales, los charlatanes hinchados, y todo ese cúmulo de personas, que con el carácter de espíritus fuertes inficionan la Europa, no son en realidad mas que una turba de gente tan corrompida como ignorante, ó á lo mas superficialmente erudita. Confiesa que son personas, que aunque en sus academias y reuniones literarias hablan con tanta osadía contra la Religion, ó no saben lo que dicen, ó dicen mas de lo que piensan: personas en fin, en quienes la violencia de las pasiones suple por la demostracion que los afirme en la impiedad. De estos pues confiesa espontáneamente Bayle, que como gente débil ó héroes de teatro, sienten á la hora de la muerte una mudanza, que es en efecto prueba de que la Religion estaba en ellos sofocada por el humo de las pasiones; mas no apagada con la fuerza de los racionios. Pero fuera de esta turba, de cuya proteccion se desdena el gran crítico, señala otros muchos favoritos suyos, á quienes llama¹ « hombres graves separados de los placeres y vanidades de la tierra, que en las conversaciones no se empeñan en dogmatizar por la impiedad; y guardan y reservan sus sentimientos, (*¡preciosísimas joyas!*) para sí solos, ó para aquellas personas que no son capaces de abusar de ellos. *Y á estos llaman* ateistas por sistema, no corrompidos por la disolucion, ni por la vanagloria: á quienes la infelicidad de haber sido demasiado vivamente heridos de un cierto principio, y haberle seguido con demasiada graduacion de consecuencias, ha conducido á una cierta persuasion. » ¿Se podia retratar mas dulcemente á los monstruos del género humano? Y sin embargo, ¿qué es lo que dice Bayle de estos? « La gracia de Dios puede en efecto librarlos en la proximidad de la muerte; pero sin este auxilio persisten en su indolencia en medio de la enfermedad y del peligro:

¹ Dic. crit. art. Desbarreaux.

» y si acaso convienen en las ceremonias que acostumbra la Iglesia, sola y únicamente es por librar á sus parientes de las vergonzosas consecuencias de negarseles lo que prescribe el Ritual. » Hé ahí lo que son los campeones del Ateismo. Hé ahí unos hombres llenos de valor para no temer por sí mismos el infierno á la hora de la muerte; con todo eso temer en sus parientes el sonrojo de que se les niegue la sepultura. Estos son los que merecen el triunfo, segun Bayle, y no aquellos literatos¹ « que no han examinado las materias, y solo han aprendido alguna objecion con que atolondran al mundo, hablan por un principio de jactancia, y luego se desmienten á vista del peligro. » Mas no nos dejemos deslumbrar con los rodeos del gran pirrónico: desenvolvamos las equivocaciones, y veremos que nuestra proposicion siempre subsiste. El pensamiento de Bayle se funda en una falsa suposicion. Decimos pues: 1º Que ya lo hemos concedido, y repetimos de nuevo, que hay unos libertinos menos corrompidos que otros, y poco ó nada metidos en el lodo de las disoluciones. Pero que hombres graves, educados en la Religion y de ningun modo corrompidos de la vanidad ni de los deleites; es decir, que unos hombres de integridad se hagan ateos; esto es lo que tenemos por una paradoja, y creemos haberlo ya probado. 2º Que haya libertinos estudiosos, literatos, doctos, que se inclinan á la impiedad, no como estúpidos animales sobre las huellas de la incredulidad de otros; sino como por via de estudio, y con graduacion de sofismas, tambien es cosa concedida y ahora la concedemos. Mas que estos lleguen á una entera persuasion y convencimiento, y á ser ateos de buena fe, y no mas bien por una especie de delirio y turbacion de ideas, lo negamos, y creemos tener derecho para negarlo despues de lo que queda dicho y lo que nos resta que decir. 3º Que la gracia de Dios pueda librar á estos de la impiedad á la vista de la muerte, es un dogma de fe: mas el ver que algunos acaban la vida sin muestra alguna de arrepentimiento, sea prueba de que se hallaban realmente tranquilos y persuadidos del Ateismo, es lo que negamos.

¹ En el lugar citado.

VI. *La indolencia y obstinacion de algunos Libertinos en la hora de la muerte no es prueba de su persuasion. Se confirma con el hecho.*

En efecto, la inmutacion y el abatimiento de los espíritus fuertes á vista de la muerte, es buena prueba, y lo confiesa el mismo Bayle, de que en ellos no habia mas que algunas dudas. La insensibilidad é indolencia de algunos otros en aquel trance no es argumento de su persuasion. Un sopor de entendimiento, ó una desesperacion de voluntad, productos de las perversas disposiciones precedentes y de un justo abandono de parte de Dios, puede ser la causa de la funesta indiferencia con que fallecen, y no una sistemática persuasion del entendimiento. ¿No vemos todos los dias á tantos cristianos que en el lecho de la muerte no ceden á las súplicas ni á las amenazas con que se les pretende excitar á que renuncien á sus malos afectos, y se dispongan con el arrepentimiento á una buena muerte; y obstinados é insensibles, sin señal alguna de arrepentimiento pasan al otro mundo? ¿Y qué, obran acaso estos en fuerza de alguna persuasion de que no hay eternidad ni Dios, ó de que puedan salvarse muriendo impenitentes? Nada menos, pues ningun indicio han dado de tales errores. Una obcecacion de entendimiento, y una obduracion de corazon, que los tiene estúpidos y sumidos en el lodo antiguo, ó acaso una desesperacion funesta, por la que no esperan ya misericordia, les hace morir de esa manera. Estas son tambien las disposiciones de los libertinos, que se ven indolentes en las enfermedades y peligros, y fallecen sin señales de arrepentimiento. No es una tranquilidad filosófica, sino una estupidez brutal, por la cual no reparan en el paso tremendo en que se hallan; ó si acaso tienen el entendimiento despierto y despejado, y conocen sus caprichosas necesidades, y la insubsistencia de sus dudas: eso no obstante ello es cierto, que para convertirse en realidad á Dios, es necesaria, como lo confiesa Bayle, la divina gracia. Mas esta gracia justísimamente les falta, no esperan conseguirla, y así pasan á la otra vida, no como espíritus intrépidos, sino furibundos y desesperados. Y

aquí viene oportunamente lo que refiere Bernardo Nieuwentyt¹, bien conocido no menos por su instruccion en las materias filosóficas, que por su carácter ingenuo y grave. Hablando este de uno de los *espíritus fuertes*, dice así: « He conocido en mi juventud á uno de los intimos amigos de Espinosa, que habia sido su discípulo, » y siguió siempre sus opiniones, y siempre que se presentaba ocasion las defendía con mucha sutileza, pues era » de ingenio superior. Habiendo enfermado se mantuvo » tranquilo mucho tiempo, á imitacion de su maestro; pero » finalmente prorrumpió en estas terribles palabras: *Que creia entonces todo lo que antes habia negado: mas que era, ya muy tarde para esperar misericordia*; un literato » amigo mio tuvo el cuidado de referirme este desastrado fin con todas sus circunstancias. » Hasta aquí Nieuwentyt². Si se hubiera de contar á alguno entre los que llama Bayle *ateos por sistema, y que por principios y graduacion de consecuencias se oponen á la Religion*, parece ciertamente que deberia ser este, como discípulo y secuaz tan empeñado del que se dice haber reducido á sistema el Ateísmo; y sin embargo su confesion á la hora de la muerte nos hace ver, que no era la persuasion interior, sino la soberbia y vanidad la que le habia inducido á defender la impiedad: y que si entonces no se convertia con un corazon contrito á Dios, de quien habia blasfemado y á quien habia negado, no procedia de no creer su existencia, sino de no esperar ya misericordia. ¿Pues por qué no deberemos decir son las mismas, aunque no las expresen, las disposiciones de los otros, que siendo de ingenio inferior y estando menos iniciados en los misterios de la impiedad, han impugnado durante su vida la Religion?

VII. *Muerte de Espinosa variamente referida por los historiadores.*

En vista de que Nieuwentyt hablando del desesperado fin del discípulo, hace mencion de la tranquilidad del maestro, podria por ventura creer alguno, que aquel hé-

1 *La existencia de Dios, discurs. prelim.* — 2 *Ibid.*

roe de los Ateos habia manifestado en el peligro y en la enfermedad de la muerte aquella firmeza y constancia intrépida que suele faltar á sus secuaces, aunque tanto la desean. Mas aunque los autores escriben con variedad el fin de Espinosa, en ninguno de ellos encontramos ese pretendido heroísmo. El autor poco ha citado, y á quien debe darse entero crédito, así por su carácter, como por haber vivido en el mismo país y tratado íntimamente con quien habia conocido bien á aquel impío, refiere el suceso así: « Es cierto¹ que Espinosa, para prevenir toda » turbacion é inquietud, ni durante la enfermedad, ni » próximo á la muerte, quiso oír á nadie razonar sobre » el estado del hombre despues de esta vida, ni sobre la » certeza ó incertidumbre de sus opiniones: esto de- » muestra ciertamente un hombre, que no estaba bien » persuadido por una sólida filosofía. Porque aun cuando » se hallase su entendimiento debilitado por la enferme- » dad, de modo que no hubiera podido responder á todas » las objeciones como deseaba; eso no obstante, era tam- » bien cierto, segun sus principios, que no por eso seria » más infeliz despues de la muerte, sino solo que no hu- » biera podido gloriarse por mucho tiempo del honor de » ser un espíritu mas fuerte que los otros. *Juan Cristobal* » *Wolfio*² dice algo más: estando cercano á la muerte no » admitió á persona alguna, y prorrumpió muchas veces » en estas palabras: *O Dios, sed propicio á este pecador!* » Francisco Halma en el prefacio á la vida de Espinosa, » dice que lo oyó así de un sujeto muy célebre. » De estas relaciones parece bien claro, que este impío léjos de haberse mostrado en aquel extremo firme y constante en el ateísmo, reducido por él á sistema, perdió entonces toda su geometría y todos sus sistemas, y al modo de los otros libertinos, ó reprobó en aquel punto sus delirios, ó con una pérdida obstinacion no quiso dar oídos á quien podia sacarle del error. Tambien Jacobo Bruckero³, último escritor de la Historia filosófica, siguiendo

¹ Bernardo Niewent. *Existencia de Dios, discurso preliminar.*

² *Morti proximus nullum admisit, saepeque in hæc verba prorupit: O Deus, esto mihi peccatori propitius! Wolf. Biblioth. heb. p. 1.*

³ Jacob. Brucker, t. IV, part. 2.

la autoridad de Juan Colero, uno de los que dieron á luz la vida de Espinosa, digna á la verdad mas bien de las tinieblas y del olvido, pretende que todo lo que se dijo de sus exclamaciones á Dios, ó de la prohibicion al huésped de admitir ministros á visitarle, ó de haber tomado la cicuta, como algunos pretenden, todo es fabuloso. Y añade, que la muerte de Espinosa, como suele suceder á los éticos (pues esta era la enfermedad que le iba acabando), le sobrecogió de improviso tanto á él como á sus huéspedes; pues el mismo dia habia salido de su habitacion, y en el momento fatal solo se hallaba con él un médico de Amsterdam, que habia venido á visitarle. Mas cuando se quiera estar á esta relacion, y la muerte de Espinosa haya sido instantánea é imprevista; ya que no nos muestre la mutacion acostunbrada de los libertinos, tampoco nos deja ver en él intrepidez ni valor, y si solo el tremendo castigo de aquel Dios que arroja en un momento á sus enemigos blasfemos á experimentar el rigor eterno de su indignacion, que no habian temido.

VIII. Breve noticia de la muerte de Bayle.

Este igualmente fue, digámoslo de paso, el trágico fin de *Pedro Bayle*, quien despues de haber representado tantos personajes en la república de las letras, no tuvo tiempo para darnos á conocer en la última hora si habia favorecido el pirronismo, el maniqueísmo y el ateísmo por vana ostentacion, acogiéndose en aquella estremidad al *partido mas seguro*; ó si habia patrocinado con tanto empeño la impiedad *por sistema, y por graduacion de consecuencias*, manteniéndose intrepido y constante en el peligro y artículo de la muerte. Porque tambien este murió repentinamente, y sin que se hallase presente alguno de sus amigos; los cuales le hallaron vestido y muerto sobre su cama¹.

¹ Véase la *Vida de M. Bayle* por M. Dexmaceaux; y el P. Nicéron, t. VI.

IX. *Opinion mas verosimil acerca de las disposiciones de Espinosa á la hora de la muerte. Reflexiones que nacen de aquí en órden á la persuasion de aquel impio. Conclusion de todo lo dicho.*

Mas volviendo á Espinosa, aunque se quiera decir que su muerte fué repentina, como aseguran Colero y otros; con todo eso no podemos negar lo que refiere Nieuwentyt acerca de las disposiciones y precaucion que habia tomado; esto es, que *para prevenir toda turbacion é inquietud no quiso durante la enfermedad, ni en la proximidad de la muerte, que se le hablase del estado del hombre despues de esta vida, ni sobre la certeza ó incertidumbre de sus sentimientos*. Digo que no podemos contradecir á esta relacion, lo 1º porque este autor, que podia saberlo con seguridad, lo refiere como un hecho cierto. Lo 2º porque la relacion de Nieuwentyt es del todo conforme con lo que dice Pedro Bayle, y supone haberlo sabido de buena parte¹; y finalmente, porque es muy conforme con las disposiciones del ánimo de Espinosa, y que el mismo manifiesta en una carta á Bliemberg; indicada tambien por Nieuwentyt, en la cual despues de haber confesado que no entendia la Escritura y por eso en sus opiniones se remitia enteramente á lo que su entendimiento le dictaba, añade: «Y si el conocimiento que tengo de mi razon natural fuere falso, no por eso deja de hacerme feliz mientras me gozo y paso la vida, no entre lágrimas y suspiros, sido con tranquilidad, entre alegrías y placeres². » De este pasaje se infieren muchas cosas dignísimas de reflexion. 1º Cuán débil y vacilante era la persuasion que este hombre, á pesar de su *método geométrico, y del ateísmo en sistema*, tenia de su opinion; pues no dudaba que podia ser falsa. 2º Cuán pésima era la disposicion de su alma, puesto que en una cosa de tanta entidad, y sobre la que no podria ignorar los argumentos y las consecuencias infinitas del verdadero sistema, sin pasar mas adelante vivia tranquilo sobre una monstruosa opinion, que creia podia ser

1 *Pensamientos diversos*, § 181.

2 *Carta 34*.

falsa. Y se aquietaba con ella por el único motivo de que esta opinion le hacia feliz mientras gozaba de ella, y le proporcionaba vivir, no entre lágrimas, sino entre placeres. Decidan pues, dice oportunamente Nieuwentyt¹, las personas de entendimiento, si estas palabras muestran ser de un filósofo, que investiga la verdad, ó de un ateo obstinado, que por no turbar sus placeres no quiere oír razonamientos. 3º Cuan conforme era á estas disposiciones de la mente y corazón de Espinosa lo que hemos dicho arriba del tiempo de su enfermedad y muerte; esto es, no haber querido oír hablar entonces acerca de sus opiniones, ni de las cosas de la otra vida. Tenia previsto se turbaria su sosiego, y como decia aquel de quien habla Horacio², le seria arrebatado de la mente el gratísimo error, del cual no tenia certeza sino obstinacion, y en tal caso habria podido dar aquellas señales de debilidad, que suelen verse en los impíos, y no convenian á un hombre como él, celebrado no solo en Holanda, mas tambien en Francia, en Alemania y en Inglaterra por príncipe de los *espíritus fuertes*³. 4º Estos sentimientos en vida, y estas cautelas en la enfermedad y cercanías de la muerte, nos muestran en el dicho Espinosa lo que intentamos probar aquí: esto es, que no la evidencia de las razones, sino la *corrupcion del corazón*, dominado de abominable soberbia, ó el deseo de una vida exenta de lágrimas y de suspiros (que son el fruto de una conciencia tocada de Dios), acompañada de una tranquilidad funestísima, fué el gran principio que le precipitó y fijó en la impiedad. Lo mismo nos parece puede decirse y afirmarse con toda certeza de los otros libertinos⁴ que á

1 Véase el *Discurso* ya citado.

2 Pol me occidistis, amici,
Non servastis, ait, cui sic extorta voluptas,
Et demptus per vim mentis gratissimus error. *Lib. II, Ep. 2.*

3 Bayl. *Dic. crit.* art. *Espinosa*.

4 Debiera añadirse aquí el desgraciado y escandaloso éxito del famosísimo *Voltaire*, sin omitir el de *D'Alembert* y de *Diderot*, que confirman admirablemente lo que dice el autor en este capítulo. Pero se halla ya publicado en lengua castellana en un tomito intitulado: *El éxito de la muerte correspondiente á la vida de los tres supuestos héroes del siglo XVIII, Voltaire, D'Alembert y Dide-*

vista de los peligros y de la muerte abandonan las impías opiniones de que habian hecho ostentacion,

rot, demostrado con la simple y verdadera narracion de su muerte. *Traduct.* * En gracia de los que no hayan leído aquel librito, y como aviso á la juventud, diremos que desterrado de París por su impiedad el *Oráculo* de los filósofos, estos no dejaron piedra por mover para alcanzar se le levantase el destierro: los Ministros de Luis XVI desgraciadamente eran filósofos, y estaban iniciados en la secta, y bajo pretexto de clemencia doblegaron el ánimo del Rey, y se convino en que sin levantar expresamente el destierro el Parlamento callaria, aunque entrase en la capital: ¡condescendencia infame, y por un impío, que con una actividad incansable estaba minando el trono del Monarca! Entró en París el filósofo octogénario: la filosofía creyó llegado el día de su triunfo: á la venida de un Monarca no hubiera habido mas sensacion: las academias la celebraron, y la celebraron en el Louvre, palacio donde poco despues se habia de ver preso el mismo Luis XVI, víctima de la conjuracion filosófica, tramada por aquel viejo impío. Las fiestas se sucedian unas á otras: los teatros le coronaron públicamente, y embriagado de vanidad, *Quereis*, decía á sus discípulos, gozándose en sí mismo, *hacerme morir de gloria*. No. Debía morir de rabia y de desesperacion, y setenta años de blasfemias tocaban ya las puertas de la eternidad. Dios es paciente porque es eterno. En medio de sus triunfos vióse asaltado de una violenta hemorragia, que llenó de temor á todos sus discípulos. *D'Alembert, Diderot, Marmontel* (ese *Marmontel*, cuyas novelas se ofrecen hoy con tan pomposos anuncios á nuestra incauta juventud en los papeles públicos, no sé si para disponerla á la impiedad), acudieron para sostener su constancia; pero no lograron sino ser testigos de su ignominia. La muerte á los ojos hace vacilar al maestro: á pesar de todos pide confesarse: escribe al Ab. Gaultier: firma que quiere morir en la *Santa Iglesia Católica*, en que ha nacido; pero al volver el Sacerdote de avistarse con el Cura de San Sulpicio para ver si era bastante aquella retractacion, todas las puertas se le cierran por los iniciados. Entonces se sucedieron unas á otras aquellas escenas de furor y rabia que pusieron espanto hasta en sus mismos confidentes. *D'Alembert, Diderot* y sus compañeros no podian acercársele sin oír mil imprecaciones. « Retiraos, les decía, vosotros sois la causa de que yo me vea así..... maldita sea la gloria que me habeis preparado. » En medio de sus maldiciones se notaban los remordimientos de sus blasfemias. Lleno de turbacion y sobresaltos se le veia interrumpir un breve instante de sueño ó delirio gritando: *No quiero que me entierren á la orilla del Sena como á la L.*: otras dando vueltas de una parte á otra en el lecho, clamaba: ¡*Jesucristo!* ¡*Jesucristo!* La mano, que en otro tiempo escribió en la pared la sentencia á un Rey impío (Baltasar) en medio

profesando la Religion declaran abiertamente, que no la fuerza del raciocinio de que hubiesen estado convencidos, sino el impetu de las pasiones que los habian arrastrado, los habia puesto en la lista de los incrédulos: y en consecuencia no se hicieron ateistas por haber sido sutiles metafísicos, sino por haber sido espíritus perversos y corrompidos.

de un festin, parecia haber puesto delante de los ojos de Voltaire la execrable fórmula de sus blasfemias: *Écrasez l'infâme*. En vano procuraba apartar de sí estos horribles recuerdos: todo se lo traia á la memoria. El fuego que devoraba sus entrañas era tal, que por testimonio de los médicos si se le hubiera aplicado una pajuela al vientre se habria encendido. Y Voltaire, el filósofo, el hombre pulcro, que se mudaba tres veces al día, al menor descuido metia los dedos en el vaso inmundo, y los llevaba á la boca..... habia mofado del santo Profeta Ezequiel cuando Dios le mandó rociar el pan con el excremento para denotar el hambre en que se veria Jerusalem, y Dios quiso hacer sentir aun en esta vida el castigo de su impiedad para escarmiento de otros. En este estado, dejando oír aquella triste voz, *muero abandonado de Dios y de los hombres*, expiró el 30 de mayo de 1778. Los médicos salieron espantados, asegurando que nunca habian visto una imágen tan terrible de un impío moribundo. ¿Quién quiere morir así...? Huya de la impiedad, y de sus pestíferos libros, no se llegue á contagiarse. — Despues de esto seria demás citar la muerte de *D'Alembert* y *Diderot*: estos impidieron á Voltaire que se confesara y retractase; otros lo impidieron á ellos. El primero, hijo del pecado de un adulterio sacrilego de una apóstata, filósofa tambien, murió sitiado por Condorcet, quien se glorió despues de haber combatido su arrepentimiento, y héchole morir como filósofo. *Diderot*, engañado por los sectarios, cuando estaba esperando que viniese M. de Tersac, Cura de San Sulpicio, que ya le habia visitado, se dejó persuadir que no estaba tan de peligro, y solo necesitaba tomar los aires para convalecer; consiente en salir de la ciudad, ellos tienen la impia cautela de ocultar su partida, y lo dejan morir sin los auxilios de la Religion. ¡Hasta dónde llega esta impia filosofía, porque no se retractase, y la deshonrara, hasta dejarlo condenar! ¡Y es esta la filantrópica humanidad! Véase tambien el Ab. Barruel, *Mémor. del Jaquebinismo*, t. 1; y aquí la *Biblioteca*, t. II, p. 6, t. 1, p. 279.